

CULPABLE DE INOCENCIA

Me despertaron sus gritos, otra vez pelea, ella seguía callada mientras él la golpeaba con fuerza. Ella se hacía la fuerte y solo lloraba donde él no la viera, y aunque siempre se escondía de mí y yo si la viera, fingía no verla porque ella me cuidaba como a un hijo desde que quedamos solos allá en mi tierra, y no quería que quedará triste, aunque yo sabía todo como era, lo que pasaban en el rancho aunque no estuviera.

Yo me hice el dormido, sollozaba, sino podía defenderla; no podía, aunque quisiera y creo que esa noche lloré con ella. Cada noche después de golpearla yo pensaba si pudiera, ayudarla contra ese canalla que por desgracia mi sangre era, tan solo si pudiera, si supiera cómo, pero también tenía miedo o todavía inocencia.

Él se durmió ebrio y ella quedo despierta con el rostro ensangrentado y en sus ojos vi tristeza. Desde que se fue mamá quedamos huérfanos a más de diez leguas del pueblo de donde era mi vieja, del mismo pueblo donde un puñal en la pulpería me quito a mi padre allá por los sesenta.

Mientras él con su rastra la golpeaba, la niña dormía en la cuna indiferente a esa violencia; era un ángel pobrecita, pensé para mi aquella fría noche de invierno... ¡ojalá nunca supiera; que su abuelo era un cobarde, un borracho, un cualquiera. Que por aquel paisano borracho, con humor como yarárá molesta, ella estaba condenada a crecer en la miseria.

Y así otra vez cayó la noche sobre la arrocera, con mucha agua en los ojos pero con la olla seca; me dormí cuando el último leño dejó de ser braza y fue ceniza espesa, cuando la única luz fue el tiritar de una estrella... yo caí rendido ella seguro quedó despierta.

Me desperté temprano, ella estaba afuera, creo que estaba lavando y no me miró siquiera. Nunca me hablaba después de las peleas, así que hacía tiempo que no hablaba con ella. No teníamos a dónde ir, yo ni edad pa' peonar siquiera; y en aquel entonces mi hermana nadie la quería porque era una deshonra ser madre soltera.

Mi hermanita todavía en catre dormía entre pelegos junto a la cocina a leña, escapando al frío de la cerrazón mientras ella calentaba la mamadera, de leche recién ordeñada de nuestra única pertenencia: la ternera.

Esperé fuera a la cachimba, al viejo aljibe para ir al galpón a buscar las riendas.

Me vestí casi en silencio, mis pasos fueron un susurro, armé la montura y tomé la yegua, y cabalgando hacía la escuela me perdí esa mañana en la niebla, dejando atrás lo que antes era una casa y en aquel entonces ya una tapera, cortando a campo traviesa sin mirar atrás como si para olvidar eso sirviera.

La maestra se dio cuenta en mis ojos que había llorado, se acercó y me preguntó:

- ¿Te volvió a castigar? ¿con qué fue esta vez? ¿el cinto?... ¿la fusta?...¿otra vez la cadena?

Y en mi timidez tartamudeando respondí la verdad. Ella sabía mi historia y había visto mis marcas y moretones y yo siempre mentía que eran ayudando en alguna yerra.

- Esta vez no maestra - dije bajando la mirada sino podía sostenerla- fue don Ortensio ¿vio, usted sabe que toma y le da pa' la violencia. Pa' que contarle señorita, me da mucha vergüenza; pero quede tranquila no fue conmigo que se la agarró en esta.

Ella sabía las historias que mi madre nos había abandonado por no aguantar las bajezas, los vejámenes que sufría desde que había enviudado y caído en la pobreza.

- A la salida te vas no vas al rancho, vas a la estancia de doña Roberta yo estaré no tengas vergüenza-respondió la maestra-, deja que los grandes se entiendan: Tomás la merienda conmigo y a la tarde te regresas...tal vez la cosa esté mejor ¿sabes?... pero si no te das de vuelta.

A la tardecita me fui galopeando despacito, sin apuro, con tal ¿no notaria mi ausencia?, sino era pa' ayudar en labores ni se acordaba de mi existencia.

Al volver esa noche otra vez no había cena, él de seguro estaba en el bar del pueblo apostando en su miseria; mientras ella amamantaba al niño pase rápido fingí no verla, qué iba a decirle si estaba llorando en silencio sus penas.

Él volvió esa madrugada, de nuevo borracho de nuevo violencia y ella aguantó erguida como a una ola la piedra.

Yo quise gritarle: “! Cobarde. ¿Por qué le pegas?!”. Pero si aun era un niño que todavía iba a la escuela.

Esa vez no hubo gritos, ella en ese momento no lloró siquiera... solamente le dijo:

- “Estoy embarazada ¿recuerdas?”.

Él la miró en silencio, se fue golpeando la puerta; allí ella quebró en llanto tomando su vientre se hincó de rodillas alcancé a verla; yo quise hacerme el dormido así que apagué la vela.

Esa noche me prometí a mi mismo que no dejaría que eso de nuevo sucediera, si ella no lo merecía, era una santa, era tan buena... sabe Dios cuántas veces no comió para que yo comiera.

Él llegó esa madrugada, tiró la silla golpeó la mesa. El niño rompió en llanto, él le pegó y luego a ella.

Tomó el facón y la amenazó maldiciendo a diestra y siniestra; aquel puñal se blandía en el aire como arreador cuando el gaucho jinetea y no tenía a quien acudir, la estancia más cerca, distaba tres leguas.

Salí corriendo ya harto hasta el cuarto al fondo del rancho y sin prender ni el farol ni la vela... tomé de la cómoda el revólver oxidado que era de mi vieja. Pasó por mi mente la inocencia de mis hermanas, la huida de mi vieja ...las vergüenzas ajenas cuando él ebrio gritaba en las kermeses de la escuela; las mil veces que deshonoró la memoria de mi padre y mi apellido, su herencia.

No lo pensé, si dije algo no lo sé... gatillé una, dos, tres veces... no me acuerdo siquiera; él calló de rodillas con la camisa de sangre llena.

Calló en silencio, con los ojos estraviaos pero no tuve clemencia...lo rematé con un tiro como se mata, como se sacrifica a un perro con rabia en la querencia.

Y en aquel disparo no solo se fue la vida y llegó la muerte de aquel matrero sin alma buena, sino que murió con él mi inocencia.

Ella se aferraba a la niña que yacía en sus brazos en una envuelta, empapada en llanto sin consuelo como si lo que había pasado supiera.

Y yo...yo temblando pensaba en mi vieja, que me había abandonado por culpa de ese sotreta, por sus golpes, sus locuras, su cobardía...cuantas veces sentí culpas que no debía tenerlas.

Ella no me dijo nada, ni una plegaria susurro siquiera por el difunto tirado en aquel piso de tierra. Yo había aprendido a quererlas, en aquel nido desgracias que no cubría con barro, paja y madera, en la soledad de aquel campo entre el arroyo y la arrocera, en aquel lugar al que nunca volví ni en pesadillas siquiera.

Yo maté a mi abuelo por defenderlas y aunque asesino no merecía condena, si tan solo era un niño que todavía... iba a la escuela.

Julio Manuel Pereyra

Notas: se recomienda una voz en off a modo de pensamiento como relator o pensamiento-recuerdo

La casa: es una imagen poética, cualquier casa que de una imagen poética de miseria y pobreza sirve, y pueden alterarse la soledad del campo por un pueblo pequeño aislado o en zona rural.